

Estudios

MENSAJE PONTIFICO CON MOTIVO DE LA NAVIDAD DE 1954

"Ecce Ego Declinabo Super Eam Quadi Fluvium Pacis: Hé aquí que yo derramaré sobre ella como un río de paz (IS. 66, 12). Esta misma promesa, anunciada en el vaticinio mesiánico de Isaías y cumplida con significación mística por el encarnado Verbo de Dios en la nueva Jerusalem, la Iglesia, deseamos nos, amados hijos del orbe católico, que resuene una vez más para toda la familia humana, como augurio de nuestro corazón en la presente víspera de navidad.

"Un río de paz sobre el mundo? Esto es el deseo que más asiduamente hemos alimentado en nuestra alma, por el cual con más empeño hemos orado y trabajado, desde el día en que plugo a la Divina Bondad confiar a nuestra humilde persona el elevado y tremendo oficio de padre común de los pueblos, propio del vicario de Aquel a quien pertenecen en herencia las naciones (PR. 2, 8).

"Abrazando con una mirada de conjunto los años transcurridos de nuestro pontificado, en la parte del mandato que nos viene de la paternidad universal de la que estamos revestidos, nos parece que la Divina Providencia ha querido asignarnos la misión especial de contribuir a conducir de nuevo, con acción paciente y casi extenuante, a la humanidad por los senderos de la paz.

"Al acercarse la fiesta de la Navidad, mientras se encendía en Nos el ansia de acudir a la cuna del Príncipe de la Paz, para ofrecerle, como don el más grato para él, la humanidad pacificada y reunida toda ella como en una sola familia, Nos fue en cambio reservada, en los seis primeros años, la amargura sin nombre de ver en torno a Nos tan sólo pueblos en armas, arrebatados por el insano furor de destrucción mutua.

"Esperamos —como esperan muchos— que, apagada por fin la excitación del odio y de la venganza, bien pronto despuntará el alba de un período de concordia segura. En cambio perdurará aquel estado de malestar y de peligro, designado por la opinión pública con el nombre de "guerra fría", ya que en realidad poco o nada tenía de común con la paz verdadera, y sí mucho con una tregua vacilante al menor choque. Nuestro retorno anual a la cuna del Redentor continuó consistiendo en una ofrenda triste de do-

lores y de ansias, con el deseo de sacar de ello el valor necesario para no desistir de exhortar a los hombres a la paz, indicándoles el camino justo para ella.

“¿Podremos, siquiera ahora, en esta décima-sexta Navidad de nuestro pontificado, realizar ese anhelo? Según aseguran muchos, a la guerra fría ha sustituido lentamente un período de distensión entre las partes del litigio, cual concesión mutua de un respiro más amplio. Al que se ha dado en llamar, no sin cierta ironía, con el nombre de “paz fría”. Aunque reconocemos gustosos que esa distensión representa algún progreso en la fatigosa maduración de la paz propiamente dicha, sin embargo no es aún el don digno del misterio de Belén, donde “apareció la benignidad y el amor de Dios nuestro Salvador hacia los hombres” (Tit. 3,4.), contrasta demasiado vivamente con el espíritu de cordialidad, de sinceridad y de claridad que aletea en torno a la cuna el Redentor.

“¿Qué cosa significa en efecto en el mundo de la política la paz fría, sino la mera coexistencia de pueblos diversos, sostenida por el mutuo temor, y el recíproco desengaño? Ahora bien, es claro que la mera coexistencia no merece el nombre de paz, cual la tradición cristiana formada en la escuela de las altas inteligencias de Agustín y Tomás de Aquino, aprendió a definir “tranquillitas ordinis”. La paz fría es tan solo una calma provisoria, cuya duración depende de la sensación mudable del temor, y del cálculo oscilante de las fuerzas presentes, mientras que no tiene nada del “orden” justo, que supone una serie de relaciones convergentes hacia un fin común, justo y recto.

“Excluyendo además todo vínculo de orden espiritual entre los pueblos que coexisten tan fragmentariamente, la paz fría está muy lejos de aquella paz predicada y querida por el Divino Maestro, es decir, la paz fundada sobre la unión de los espíritus en la misma verdad y en la caridad, y que San Pablo definió “Pax Dei”, la cual influye ante todo en las inteligencias y los corazones (Cfr. Phil. 4,7), y se ejercita en colaboración armónica de obras en todos los campos de la vida, sin excluir el político, social y económico.

“Por eso Nos no osamos ofrecer al Divino Infante esa paz fría. No es la paz simple y solemne que cantaron los ángeles a los pastores en la noche santa, ni menos la Pax Dei que sobrepuja a todo sentido. Ni es fuente de gozo íntimo y lleno (Cfr. Ib.). Como tampoco en aquella soñada y anhelada por la humanidad actual, ya tan afligida. Con todo deseamos examinar en particular los defectos de ella, para que de su falta y de su duración incierta surja imperioso en los rectores de los pueblos y en aquellos que puedan ejercer algún influjo en este campo, el anhelo de cambiarla la antes posible en la paz verdadera, que es en concreto el mismo Cristo. Ya que, si la paz es orden, y el orden es unidad, Cristo es el único que puede y quiere unir los espíritus humanos en la ver-

dad y en el amor. En este sentido la Iglesia lo señala a las gentes, con las palabras del profeta, como quien es la misma paz: "Et erit iste pax" (Mich, 5,5 Cfr. Liturg. Off. D.N. J. C. Regis Passim).

"Es impresión común, sacada de la simple observación de los hechos, que el principal fundamento en que se apoya el estado presente de calma relativa, es el temor. Cada uno de los grupos en que se halla dividida la familia humana, tolera que existe el otro, porque él mismo no quiere perecer. Evitando de este modo el riesgo fatal, ambos grupos no conviven, sino coexisten. No es un estado de guerra, pero tampoco es paz; es una calma fría. A cada uno de los dos grupos acucia el temor del poder militar y económico del otro, en ambos se halla vivo el recelo por los efectos catastróficos de las armas novísimas. Con angustiosa atención sigue cada uno el desarrollo técnico de los armamentos del otro y su capacidad de producción económica, mientras confía a la propia propaganda el papel de sacar partido del temor ajeno, reforzando y exagerando su alcance. En el terreno concreto de la política parece que, arrebatados los hombres, después de tantas desilusiones, por un colapso extremo de escepticismo, no cuenten ya sobre otros principios racionales o morales.

"El absurdo más evidente que emerge de una situación tan miserable, es que la práctica política de nuestros días, aunque por un lado teme la guerra como la mayor de las catástrofes, por otro pone en ella toda su confianza, como si fuese el único expediente para subsistir y lo único que pueda regular las relaciones internacionales. En cierto modo se confía en aquello que se detesta sumamente.

"Sin embargo, semejante práctica política ha llevado a muchos, aún de entre los mismos gobernantes, a una revisión total del problema de la paz y de la guerra, y a preguntarse sinceramente si la liberación de la guerra y la garantía de la paz no deben buscarse en regiones más elevadas y más humanas que la dominada exclusivamente por el terror.

"De este modo se han engrosado las filas de los que se rebelan ante la idea de tenerse que contentar con la mera coexistencia, renunciando a relaciones más vitales con el otro grupo, y de verse obligados a vivir todos los días de su existencia en un ambiente de temor enervante. Por eso han vuelto a considerar el problema de la paz y de la guerra como un hecho de responsabilidad superior y cristiana ante Dios y ante la ley moral. Ciertamente, aún en este modo diverso de considerar el problema entra el elemento "temor", como freno de la guerra y estímulo de la paz, pero se trata del temor saludable de Dios, garante y juez del orden moral, y por lo tanto, como enseña el Salmista (Ps. 110, 10), del principio de la sabiduría.

"Trasladado el problema a este plano más elevado y únicamente digno de la criatura racional, ha vuelto a aparecer clara-

mente lo absurdo de la doctrina que ha imperado en las escuelas políticas en los últimos decenios: esto es, que la guerra es una de tantas formas admitidas por la acción política, el desembocadero necesario y casi natural de las disensiones insanables entre dos países y que, por lo tanto, la guerra es un hecho ajeno a cualquiera responsabilidad moral. Igualmente ha aparecido absurdo e inadmisibles el principio aceptado también durante largo tiempo, según el cual el gobernante que declarase una guerra incurriría tan sólo en un error político, si ésta se perdiese, pero no podría en ningún caso ser acusado de culpa moral y de delito, por no haber conservado la paz, pudiéndolo hacer.

"Precisamente esta concepción absurda e inmoral de la guerra hizo vanos, en las semanas fatales de 1939, nuestros esfuerzos dirigidos a sostener en ambas partes la voluntad de continuar las negociaciones. Entonces la guerra fue considerada como un dado que había que jugar con mayor o menor cautela y destreza, no como hecho moral, un hecho moral que obligaban la conciencia y las responsabilidades superiores. Fueron necesarias las interminables hileras de tumbas e inmensas ruinas para que se revelase la verdadera fisonomía de la guerra. No un juego de intereses más o menos afortunado, sino la tragedia, más espiritual que material, de millones de hombres; no el riesgo de algunos bienes, sino la pérdida de todo: un hecho de enorme gravedad.

"¿Cómo es posible —se preguntaron entonces muchos, con la sencillez y verdad del buen sentido— que, mientras que cada uno experimenta en sí mismo el apremio de la responsabilidad moral de sus propios actos más ordinarios, el hecho horrible de la guerra, que también es fruto de la libre determinación de alguien, pueda sustraerse al dominio de la conciencia, y que no exista un juez a quien puedan apelar libremente las víctimas inocentes? En aquel clima naciente de recobro del buen sentido encontró profundo asentimiento nuestro grito de 'guerra a la guerra', con el que en 1944 declaramos la lucha contra el puro formalismo de la acción política y contra aquellas doctrinas sobre la guerra que no tienen en cuenta a Dios ni sus mandamientos. Ese buen sentido, lejos de disiparse, ha penetrado más profundamente y se ha propagado más en los años de la guerra fría, quizá porque una larga experiencia ha hecho resaltar más el absurdo de una vida controlada por el temor. De esta manera, la paz fría, aun con sus incoherencias y molestias, muestra dirigir sus pasos hacia un orden moral auténtico y hacia el reconocimiento de la elevada doctrina de la Iglesia sobre la guerra justa e injusta y sobre la licitud o ilicitud del recurso a las armas.

"A esta meta llegará ciertamente si de una y otra parte, con ánimo sincero, casi diríamos religioso, se vuelve a considerar la guerra como objeto del orden moral, cuya violación constituye realmente una culpa que no queda sin castigo.

"Llegará sí, en concreto, los políticos, antes que pesar las ventajas y los riesgos de sus determinaciones, reconocen su personal sujeción a las leyes morales eternas, y tratan el problema de la guerra como cuestión de conciencia delante de Dios. En las condiciones actuales no existe otro medio de librar al mundo de esta angustiosa pesadilla, sino el de recurrir al temor de Dios, temor que no envilece a quien le dé cabida en sí mismo, sino que más bien preserva de la infamia del crimen enorme que es la guerra no impuesta. ¿Y a quién podría causar admiración el que la paz y la guerra se hallen tan estrechamente unidas con la verdad religiosa? Toda la realidad pertenece a Dios: precisamente en el disociar la realidad de su principio y de su fin está la raíz de todos los males.

"De aquí se sigue también con evidencia que todo empeño a toda propaganda pacífica que provenga de quien niega la fe en Dios, es siempre muy sospechoso e incapaz de atenuar o eliminar la angustiosa sensación de temor, si no es que de propósito vaya encaminado a lograr un efecto táctico de excitación o de confusión.

"Sólo dos perspectivas tiene delante de sí la actual coexistencia en el temor: o sube a coexistencia en el temor de Dios y por tanto a convivencia de paz verdadera, inspirada y vigilada por el orden moral por El impuesto, o irá quedando cada vez más restringida a una parálisis glacial de la vida internacional, cuyos graves peligros se pueden prever ya desde ahora, porque el poner freno a la natural expansión de la vida de los pueblos podría conducir a éstos, en último término, al desesperado desenlace que se quiere evitar, la guerra. Por lo demás, ningún pueblo podría soportar indefinidamente la carrera de armamentos, sin que se resienta su desarrollo económico normal con efectos desastrosos. Serían también vanos los mismos acuerdos que tienden a imponer un límite a los armamentos. Si tales acuerdos llegaran a lograrse: faltando el cimiento moral del temor de Dios, se convertirían en fuente de nueva y recíproca desconfianza.

"No nos queda más que el camino luminoso y deseable que, partiendo del temor de Dios, nos conduce con su ayuda a la paz verdadera, esa paz que es sinceridad, color y vida digna por tanto de quien os ha sido dado para que los hombres tengamos en El vida sobreabundante (Cfr. 10, 10, 10.).

"La 'guerra fría' —y lo mismo se dice de la 'paz fría'—, si bien mantiene el mundo en una escisión nociva, no impide, sin embargo, que en los actuales momentos vibre en él un ritmo intenso de vida. En realidad, se trata de una vida que se desarrolla casi exclusivamente en el campo económico. Es innegable que la economía, sirviéndose del apremiante progreso de la técnica moderna, ha alcanzado tan sorprendentes resultados con su actividad febril, que hacen prever una transformación profunda en la vida de los pue-

blos, aun de aquellos que hasta ahora se creían un tanto atrasados. Sin duda alguna no se les puede negar el tributo de admiración por lo que ha realizado y por lo que promete. Con todo, la economía, en virtud de su capacidad aparentemente ilimitada de producir bienes sin cuento, y gracias a la multiplicidad de sus relaciones, ejerce sobre muchos contemporáneos una fascinación superior a sus posibilidades y en campos que le son extraños. El yerro de tal confianza cifrada en la economía moderna es común también a las dos partes en que está desmembrado el mundo de hoy. Una de estas partes enseña que, si el hombre ha demostrado tanto poder para crear el maravilloso conjunto técnico-económico de que hoy se jacta, tendrá también capacidad para organizar la liberación de la vida de todas las privaciones y males que le aquejan, operando en cierta manera una especie de autorredención. En la otra parte, en cambio, gana terreno la concepción de que la solución del problema de la paz se debe esperar de la economía y en particular de una forma específica suya, que es el libre intercambio.

"Otras veces hemos tenido ocasión de exponer lo infundado de tales doctrinas. Va para cien años que los seguidores del sistema del comercio libre se prometían maravillas de él, atribuyéndole un poder casi mágico. Uno de sus más ardientes prosélitos, no dudaba en comparar el principio del libre intercambio, en cuanto a la amplitud de sus efectos en el mundo moral, con el principio de la gravedad que impera en el mundo físico, asignándole, como efectos propios, el acercamiento de los hombres, la desaparición de los antagonismos de raza, de fe y de lengua, y la unidad de todos los seres humanos en una paz inalterable (Cfr. Richard Cobden. *Speeches on Questions of Public Policy*. London. McMilland and Co., 1807, Vol. I, Pág. 362-363).

"El curso de los acontecimientos ha demostrado cuán engañosa sea la ilusión de confiar la paz al solo intercambio libre. No de otra manera acontecerá en el futuro, si es que se quisiera persistir en esta fe ciega que confiere a la economía una imaginaria fuerza mística. Actualmente, por lo demás, faltan los fundamentos de hecho que pudieran garantizar de alguna manera esas esperanzas de color de rosa que abrigan, aun hoy, los partidarios de dicha doctrina. Porque, mientras en una de las partes que coexisten en la paz fría, la tan exaltada libertad económica en realidad todavía no existe, en la otra se rechaza incluso como principio absurdo. Se da entre ambas un contraste diametral en el concepto de los fundamentos mismos de la vida, contraste que no puede ser superado por fuerzas meramente económicas. Más aún si median, como en realidad median, relaciones de causa y efecto entre el mundo moral y el económico, deben éstos jerarquizarse, de modo que el primero tenga el primado, pues corresponde al mundo moral

compenetrar de su espíritu con plena autoridad aun la economía social.

"Una vez que se establezca esta jerarquía y se permita su actuación, la misma economía consolidará el mundo moral en cuanto le es dado, reforzando los fundamentos espirituales y las fuerzas de la paz.

"Por otra parte, el factor económico podría oponer a ésta serios obstáculos, en particular por lo que hace a la paz fría entendida como equilibrio de grupos, si llegase a debilitar a una de las partes con sistemas erróneos. Esto sucedería sobre todo donde pueblos de un mismo grupo, sin discernimiento y sin tener en cuenta a los demás, se abandonasen a un incesante aumento de producción y a levantar constantemente el propio tenor de vida. En este caso no se podría evitar que surgieran resentimientos y rivalidades en los pueblos contiguos y, en consecuencia, la debilitación de todo el grupo.

"Mas prescindiendo de esta consideración particular, es necesario tener la persuasión de que las relaciones económicas entre las naciones, en tanto serán factores de paz en cuanto obedezcan a las normas del derecho natural, se inspiren en el amor, tengan miramiento por los demás pueblos y sean fuentes de ayuda. Téngase por cierto que en las relaciones humanas, aun en las puramente económicas, nada se produce por sí mismo, como sucede en la naturaleza, sujeta a leyes necesarias, pues al fin y al cabo, todo depende del espíritu. Sólo el espíritu, imagen de Dios y ejecutor de sus designios, puede establecer el orden y la armonía sobre la tierra, y lo conseguirá en la medida en que se haga intérprete fiel e instrumento dócil del único Salvador, Jesucristo, que es la misma paz.

"Y sin embargo, también en otro campo, aun más delicado que el económico, las dos partes que coexisten en la paz fría, participan de este mismo error: se trata de los principios que informan su respectiva unidad. Al paso que una de las partes cimienta su fuerte cohesión interna sobre una idea falsa, más aún, lesiva de los derechos primarios, humanos y divinos, pero, con todo, eficaz, la otra, olvidando que posee una idea verdadera, comprobada con buen suceso en el tiempo pasado, parece en cambio dirigirse hacia principios políticos evidentemente disociadores de la unidad.

"En el último decenio después de la guerra, ha estimulado los ánimos un gran anhelo de renovación espiritual: el unificar fuertemente a Europa, partiendo de las condiciones naturales de vida de sus pueblos, a fin de poner término a las tradicionales rivalidades de unos con otros, y de asegurar la defensa común de su independencia y pacífico desarrollo. Esta noble idea no ofrecía motivos de queja y de desconfianza al mundo extra-europeo, en la medida en que éste miraba con buenos ojos a Europa. Además

había la persuasión de que Europa encontraría en sí misma la idea que diera vida a su unidad. Pero los sucesos posteriores y los recientes tratados, que se espera abran paso a la paz fría, no tienen ya como base el ideal de una unificación europea más amplia. De hecho muchos creen que la alta política tiende de nuevo al tipo de Estado nacionalístico, cerrado en sí mismo, centralizador de las fuerzas, preocupado por la elección de las alianzas y, en consecuencia, no menos pernicioso que el que predominó durante el siglo pasado.

"Se ha olvidado demasiado pronto el enorme cúmulo de sacrificios de vidas y bienes que ha costado este tipo de estado y los agobiantes pesos económicos y espirituales que ha impuesto. La sustancia del error consiste en confundir la vida nacional, en sentido propio, con la política nacionalista: la primera, derecho y honor de un pueblo, puede y debe promoverse, la segunda, como germen que es de infinitos males, nunca se rechazará suficientemente. La vida nacional es por sí misma el conjunto operante de todos aquellos valores de la civilización, que son propios y característicos de un determinado grupo, de cuya unidad espiritual constituyen como el vínculo. Al mismo tiempo, esa vida enriquece la cultura de toda la humanidad, dándose como su contribución propia. En su esencia, pues, la vida nacional es algo no político, en tal manera que, como lo demuestran la historia y la experiencia, puede desarrollarse junto a otras, dentro del mismo estado, como también puede extenderse más allá de los confines políticos de éste. La vida nacional no llegó a ser principio de disolución de la comunidad de los pueblos, sino cuando comenzó a ser aprovechada como medio de fines políticos, esto es, cuando el estado dominador y centralista hizo de la humanidad la base de su fuerza de expansión. Nació entonces el estado nacionalista, germen de rivalidades e incentivo de discordias.

"Es claro que, si la comunidad europea entrase por esos derroteros, su cohesión resultaría muy frágil en comparación con la del grupo que tiene en frente. Su debilidad se revelaría ciertamente un día de una futura paz, destinada a regular con perspicacia y justicia las cuestiones que están aún pendientes. Ni se diga que en las nuevas circunstancias el dinamismo del estado nacionalista no representa ya un peligro para los demás pueblos, faltándole, en la mayoría de los casos, la fuerza eficaz, tanto económica como militar, puesto que también el dinamismo de una potencia nacionalista imaginaria, expresado más con sentimientos que con hechos, disgusta igualmente a los ánimos, alimenta la desconfianza y el recelo en las alianzas, impide la comprensión recíproca y, por consiguiente, la ideal colaboración y la mutua ayuda, ni más ni menos que si proseyera poder efectivo.

"Y, en esas condiciones ¿qué sería del vínculo común, que debería estrechar los diversos estados entre sí? ¿Cuál sería la idea

grande y eficaz que los hiciera firmes en la defensa y activos en un programa común de civilización? Algunos la ven en el rechazar concordemente el género de vida contrario a la libertad que es propio del otro grupo. Sin duda, la aversión a la esclavitud es importante, pero de valor negativo, sin fuerza para estimular los ánimos a la acción con la misma eficacia que una idea positiva y absoluta.

"Esta, en cambio, pudiera ser el amor a la libertad que Dios quiere y que está en armonía con las exigencias del bien general, como base de la organización del estado y de los estados. Sólo éstas o semejantes ideas espirituales, adquiridas ya hace muchos siglos por la tradición de la Europa cristiana, pueden sostener y aun superar, en la medida que fueren vividas, la confrontación con la idea falsa, pero concreta y válida, que mantiene aparentemente y no sin violencia la cohesión del otro grupo: es decir, la idea de un paraíso terrestre, que sería un hecho apenas se estableciera una determinada forma de organización social. Por cuanto ilusoria sea esta idea, consigue crear, al menos exteriormente, una unidad compacta y dura, y mientras la acepten las masas ignorantes, es capaz de excitar a sus miembros a la acción y llevarlos al sacrificio. La misma idea, dentro de la organización política que la expresa, da a sus dirigentes un fuerte poder de seducción, y a los adeptos la audacia de penetrar como vanguardia entre las filas mismas del otro grupo.

"Europa, en cambio, espera todavía el despertar de su propia conciencia. Entre tanto, en lo que ella representa, como sabiduría y organización de vida social e influjo de cultura, parece que pierde terreno en no pocas partes de la tierra. En verdad, ese repliegue se refiere a los frentes de la política nacionalista, los cuales se ven obligados a retroceder ante adversarios que han hecho propios sus mismos métodos. Especialmente en algunos pueblos, considerados hasta ahora como coloniales, el proceso de maduración orgánica hacia la autonomía política que Europa hubiera debido guiar con prudencia y solicitud, se ha mudado rápidamente en explosiones nacionalistas, ávidas de potencia. Conviene confesar que también estos incendios imprevistos que son dañosos al prestigio e intereses de Europa, son, al menos en parte, el fruto de un mal ejemplo suyo.

"Se trata sólo de un momentáneo extravío de Europa? De todos modos, lo que debe quedar y sin duda quedará es la Europa genuina, o sea, el conjunto de todos los valores espirituales y civiles que el Occidente ha acumulado, aprovechando las riquezas de cada una de las naciones, para repartirlas al mundo entero. Europa, conforme a las disposiciones de la Divina Providencia, podrá ser aún vivero y dispensadora de aquellos valores, si sabe volver a darse cuenta de su propio carácter espiritual y abjurar la divinización de la potencia.

"Como en el pasado las fuentes de su fuerza y de su cultura fueron eminentemente cristianas, así se deberá imponer una vuelta a Dios y a los ideales cristianos, si quiere volver a hallar la base de su unidad y de su verdadera grandeza. Y si estas fuentes parecen en parte y a secas, si amenaza romperse aquel vínculo y resquebrajarse el fundamento de su unidad, las responsabilidades históricas o presentes caen sobre ambas partes que se encuentran ahora frente a frente, con un angustioso y recíproco temor.

"Estos motivos deberían bastar a los hombres de buena voluntad del uno y del otro campo para desear, rogar y obrar a fin de que la humanidad quede libre de la embriaguez de potencia y de hegemonía, y para que el espíritu de Dios sea el soberano rector del mundo. Donde un día el Omnipotente mismo no escogió otro medio para salvar a los que amaba, que el hacerse niño en una pobre cuna. *Parvulus enim natus est nobis, et filius datus est nobis, et factus est principatus super humerum Eius*". (Is. 9, 6, Cfr., Intr. III Missae Nativ.).

"La coexistencia en la verdad, aunque es triste notar cómo la presente factura de la familia humana se produjo al principio entre hombres que conocían y adoraban al mismo salvador Jesucristo, sin embargo nos parece fundada la confianza de que en el nombre del mismo Cristo se pueda echar aún un puente de paz entre las dos orillas opuestas y restablecer el vínculo común, dolorosamente roto.

"Se espera, en efecto, que la coexistencia actual acerque a la humanidad a la paz. Pero para justificar esta esperanza, debe ser en algún modo una coexistencia en la verdad. Y no se puede construir en la verdad un puente entre estos dos mundos separados, si no es apoyándose en los hombres que viven en el uno y en el otro, y no sobre sus regiones o sistemas sociales. Porque, mientras una de las dos partes, consciente o no, hace muy grandes esfuerzos por preservar el derecho sin cambiar el sistema en vigor, la otra parte se ha apartado completamente de esta base. Tanto un sobrenaturalismo unilateral que no quisiera en modo alguno tener en cuenta tal disposición de ánimo con el pretexto de que vivimos en el mundo de la redención, por lo tanto, sustraídos al orden de la naturaleza, como el pretender que se reconozca como "verdad histórica" el carácter colectivista de aquel sistema, como si también él correspondiera al querer Divino, son errores que un católico no puede en modo alguno aceptar. La recta vía es otra.

"En ambos campos son millones los que han conservado, en grado más o menos activo, la huella de Cristo: ellos, no menos que los fieles y fervorosos creyentes deberían ser los llamados a colaborar para establecer una nueva base de unidad de la familia humana. Es verdad que en una de las partes la voz de los hombres que están resueltamente por la verdad, por el amor, por el espíritu, se halla sofocada por la presión de los poderes públicos, y

que en la otra hay demasiada timidez en proclamar alto los buenos deseos, pero es deber de la política de unificación el animar a los unos y hacerse eco de los otros. Especialmente en aquella parte donde no es delito el combatir el error, los hombres de Estado deberían poseer una mayor confianza en sí mismos y mostrar a los otros un valor más firme en deshacer las maniobras de las fuerzas ocultas que todavía tienden a instaurar hegemonías de poder, una sabiduría más activa en conservar y acrecentar las filas de los que creen en Dios, que en gran número siguen en todas partes la causa de la paz verdadera. Sería ciertamente una equivocada política de unificación —si no la habíamos de llamar más bien una traición— el sacrificar intereses nacionalistas a minorías étnicas que se hallan privadas de la fuerza para defender sus bienes supremos, su fe y su cultura cristiana. Los que así obrasen, no serían dignos de confianza y no obrarían honestamente si después, cuando lo exige el propio interés, invocasen los valores de la religión y el respeto al derecho.

“Son muchos los que se ofrecen a preparar la base de la unidad humana. Pero debiendo ser esta base o puente de naturaleza espiritual, no están ciertamente calificados para esta obra los escépticos y los cínicos que, formados en la escuela de un materialismo más o menos larvado, reducen a reacciones físicas aún las más augustas verdades y los valores espirituales más altos, o los consideran como meras ideologías. No son aptos para este fin aquellos que no admiten verdades absolutas ni aceptan obligaciones morales en el terreno de la vida social. Estos últimos, que ya en el pasado con su abuso de la libertad y con una crítica destructora e irracional prepararon, a menudo inconscientemente, un clima favorable a la dictadura y a la opresión, se presentan de nuevo para impedir la obra de pacificación social y política emprendida bajo la inspiración cristiana. No es raro que aquí y allá levanten la voz contra los que conscientemente, como cristianos, se interesan con pleno derecho en los problemas políticos y en general de la vida pública.

“A veces denigrar también la seguridad y la fuerza que el cristiano saca de la posesión de la verdad absoluta. Y, por el contrario, difunden la persuasión que torna a honra del hombre moderno y es mérito de su educación el no tener ideas o tendencias determinadas ni estar ligado a ningún mundo espiritual.

“Se olvida entre tanto que precisamente de estos principios se originaron las confusiones y los desórdenes actuales, y no se quiere recordar que precisamente las fuerzas cristianas, a las que ellos combaten ahora, fueron las que lograron recuperar en muchos países la libertad por ellos disipada. Ciertamente, no puede esperarse que hombres de esa laya construyan el puente de la verdad o la base común espiritual. En cambio, es de temer que, llevados del oportunismo, no encuentren inconveniente en simpatizar con el fal-

so sistema de la otra orilla, y adaptarse a permanecer en él, aun arrastrados, si llegase a triunfar momentáneamente.

"Por eso, mientras esperamos confiados en la Divina Clemencia que el puente espiritual y cristiano, ya existente de alguna manera entre ambas orillas, se haga más amplio y adquiera una consistencia más eficaz, Nos querríamos exhortar en primer lugar a los cristianos de las naciones que aún gozan del divino dón de la paz, a que hagan todo lo posible por acelerar la hora de su restablecimiento universal. Persuadirse, ante todo, que la posesión de la verdad, si quedase limitada a ellos solos, como objeto de su contemplación para sacar de ella consolación espiritual, no serviría a la causa de la paz: la verdad tiene que ser vivida, comunicada, aplicada en todos los sectores de la vida.

"También la verdad, particularmente la cristiana, es un talento que Dios pone en las manos de sus siervos, para que con su industria fructifique en obras del bien común. A todos los poseedores de la verdad Nos querríamos preguntar, antes que lo haga el Eterno Juez, si han puesto a lucro el talento, de modo que merezcan oír la invitación del señor a entrar en el gozo de su padre. ¿Cuántos, aun tal vez sacerdotes y seglares católicos, tendrían que sentir el remordimiento de haber enterrado en su propio corazón éste y otros bienes espirituales, o por indolencia o por insensibilidad ante las miserias humanas? De una manera particular se harían culpables, si permitiesen que el pueblo quede casi sin pastores, mientras el enemigo de Dios, valiéndose de su poderosa organización, hace riza en las almas que carecen de formación suficiente sólida en la verdad. Asimismo serían responsables sacerdotes y seglares, si el pueblo no experimentase y no recibiese del amor cristiano la ayuda activa que manda la voluntad Divina. Ni cumplirían con su deber los sacerdotes y seglares que cerrasen voluntariamente los ojos y la boca ante las injusticias sociales que están presenciando, dando así ocasión a ataques injustos contra la capacidad social del cristianismo y contra la eficacia de la doctrina social de la Iglesia, que, gracias a Dios, ha dado de ello tantas y tan manifiestas pruebas, aún en estos últimos decenios. Donde esto tuviese lugar, recaería también sobre ellos la responsabilidad de que grupos de jóvenes, y aún de pastores de almas, se dejasen arrastrar en algún caso a radicalismos y progresismos erróneos.

"Consecuencias más graves causaría al orden social, y también al político, la conducta de los cristianos —ya sean de condición elevada o humilde, y gocen de mayor o menor bienestar— que no se resolviesen a reconocer y observar sus obligaciones sociales en el manejo de los negocios económicos. Todo el que no esté dispuesto a ajustar debidamente al bien común el uso de los bienes privados, ya sea libremente conforme a la voz de su conciencia, ya también mediante formas organizadas de carácter público, contri-

buye, en cuanto de él depende, a impedir la indispensable preponderancia del impulso y de la responsabilidad personal en la vida social.

"En los sistemas democráticos se puede caer fácilmente en tal error, cuando el interés individual está bajo la protección de aquellas organizaciones colectivas individuales, más bien que el fomento del bien común. De este modo la economía viene a ser fácilmente presa de fuerzas anónimas que la dominan políticamente.

"Queridos hijos, agradecemos a la Divina Bondad que nos haya concedido una vez más el señalaros, con solicitud de padre, el camino del bien. Que la tierra, inundada por el torrente de la verdadera paz, cante gloria a Dios en lo más alto de los cielos. *Transeamus usque Bethlehem?* (Luc. 2, 15.). Volvamos a la cuna de la sinceridad, de la verdad y del amor, donde el Hijo unigénito de Dios, hecho hombre se da a los hombres para que la humanidad reconozca en Él su lazo de unión y su paz. *Hodie nobis de coelo pax vera descendit* (Off. In Nativ. dom, Resp. ad II Lect.). Para que la tierra se haga digna de recibirla, invocamos sobre todos la abundancia de las Divinas Bendiciones".